

AUTORA BESTSELLER DE LA SERIE CROSSFIRE

SYLVIA DAY



ERES TODO PARA MÍ

Cuando todo está en juego,
el amor es la apuesta más arriesgada

SYLVIA DAY

ERES TODO PARA MÍ

Traducción de Montse Triviño


ESPASA

Título original: *Too Far*

© Sylvia Day, LLC, 2023

© por la traducción, Montse Triviño, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2024

ISBN: 978-84-670-7531-1

Depósito legal: B. 15.809-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

LILY

He acabado con todos y con todo lo que me importaba para proteger mi obsesión por ti, Kane. Y, sin embargo, verte marchar —aunque solo sea para algo tan normal como ir al trabajo— es lo más duro que he tenido que hacer nunca.

Dudas, como si me leyeras la mente y sintieras lo mismo que yo.

—No me gusta separarme de ti —me dices cuando llegamos a la puerta de entrada.

Tu maletín espera en la elegante mesa de madera negra africana que ocupa el pequeño recibidor. Dos vigilantes de seguridad montan guardia en el vestíbulo del ascensor, al otro lado de las puertas dobles. Teniendo en cuenta las medidas de seguridad del edificio, sería casi imposible que un intruso consiguiera subir al ático.

Sé por qué lo haces: no pretendes impedir que entre alguien, sino que yo me marche.

—¿No dicen que la ausencia es al cariño lo que el aire al fuego, que apaga el pequeño y aviva el grande?

—Sonríó a pesar de que te deseo tanto que tengo un nudo en la garganta.

—Ya estoy cansado de ausencias —dices con la mandíbula apretada.

Capto un destello de ira en tus ojos oscuros; tu rabia es tan abrasadora que casi se puede tocar. Consigues mantenerla a raya la mayor parte del tiempo, pero sé que está ahí. Lo que no sé es si la causa de tu rabia es nuestra separación... o mi regreso.

Hemos estado separados varios años, que es más tiempo del que hemos pasado juntos, y puede que nunca me lo perdones. Pero si hay algo por lo que deberías odiarme es por haberme conocido.

El deseo que sentía por ti era demasiado poderoso, y soy una mujer egoísta.

—Si te quisiera más, Setareh —murmuras clavándome en el rostro una mirada ardiente—, te asfixiarías.

No creo que sepas hasta qué punto es cierta esa afirmación. Tu empuje y tu ambición, tu carisma y tu inteligencia... Eres puro fuego. Ese calor interior me abrasó el alma, pero tu fuego y el mío, unidos, consumieron a todos los que nos rodeaban.

Me acerco más a ti, pego mi cuerpo al tuyo y te rodeo con los brazos la esbelta cintura. Tu torso es duro y cálido. Siempre has sido el fuego de mi hielo; me derrito cuando estoy a tu lado, mis curvas suaves se adaptan a tus ángulos rígidos. Suspiras profundamente, me abrazas e inclinas el cuerpo hacia mí en un gesto protector. Me siento segura entre tus brazos, pero tú nunca has estado a salvo entre los míos.

—Estaré aquí mismo, esperándote —te prometo, porque sé que eso es lo que quieres oír.

Eres lo bastante listo para no creerte todo lo que digo, si acaso te crees algo. Aun así, sabes que te quiero con locura. Eso es lo único que realmente nos une y lo único que de verdad necesitamos.

En un rincón remoto de mi mente imagino una escena distinta. Los dos juntos en la puerta de nuestro hogar, a punto de empezar el día y salir corriendo hacia destinos diferentes. Nos besamos a toda prisa, entre risas, porque el mundo es nuestro y no tenemos nada que temer. Estamos locamente enamorados, no sentimos este desasosiego. No tememos que esta separación sea la última.

Me besas en lo alto de la cabeza.

—Espero que estés planeando nuestra luna de miel. Después del lanzamiento de ECRA+ nos largamos de aquí.

—¿Te apetece ir a la nieve? —propongo—. A un sitio con mucha nieve. Una casita apartada, a kilómetros de distancia del resto del mundo. La única forma de llegar hasta allí es en una quitanieves. Una montaña de pieles delante de una chimenea enorme. Y un *jacuzzi* humeante en la terraza.

—Perfecto. —Te apartas un poco y me besas la punta de la nariz—. Yo te daré calor.

De eso no tengo ninguna duda, porque sé que me deseas casi tanto como te deseo yo a ti.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y te miro a la cara. Es increíble lo guapo que eres. La mandíbula cuadrada,

la nariz afilada, los pómulos tan altos que se te forman hoyuelos debajo. Es un rostro tan hermoso como el canto de los ángeles. Esos labios tan carnosos y sensuales arrastrarían al pecado a cualquier mujer. Lo mismo que esos ojos casi negros de largas pestañas: si no fuera porque eres tan viril, te darían un aire casi femenino.

Ojalá fueran solo tu aspecto y tu potente hombría los rasgos que me atraieron de ti, porque la lujuria arde con fuerza al principio, pero con el tiempo se consume. Me dije que eso era lo que ocurriría entre nosotros, pero nunca me lo creí de verdad. Desde el momento en que nos conocimos, me viste tal y como soy. Tu mirada penetrante y ávida atravesó varias capas de identidades hasta ver dentro de mi alma. Y donde otros encontrarían miedo, tú encontraste amor.

Bajas la cabeza y acercas los labios a los míos, en un beso intenso y lujurioso. Percibo en él pasión y furia, anhelo y nostalgia. Hemos hecho el amor al amanecer, y aún noto en la piel la huella de tus manos y de tu boca, pero este beso me transmite tanto deseo que sé que aún no estás satisfecho.

¿Desaparecerá alguna vez esta sensación de estar viviendo un tiempo prestado?

Estás sin aliento cuando te separas de mí y apoyas la frente en la mía.

—Esto es una tortura.

Me apartas con brusquedad y coges tu maletín. Abres de un tirón la puerta, como si creyeras que, si no te vas ahora, no te irás nunca. El pestillo ya casi se

ha cerrado cuando vuelves a abrir la puerta y me encuentras exactamente en el mismo sitio en el que me has dejado.

—Te quiero.

Curvo los labios y me llevo una mano al corazón encogido.

—Lo sé.

En el silencio que sigue a tu marcha, expulso el aliento y dejo caer los hombros. Estamos acostumbrados a estar solos, pero ahora... me invade la tristeza.

El ático está tranquilo y silencioso por unos instantes. Cuando te vas, tengo la sensación de que permanece en estado latente, descansando hasta que regreses con tu intensidad y tu energía abrasadoras. Noto las baldosas calientes bajo los pies descalzos: sé que es por la calefacción radial, pero prefiero imaginar que retienen tu calor como si fueran rocas al sol.

Estoy aislada en mi dolor, con las manos manchadas de sangre.

El viento mece la torre en la que vivimos y le arranca un quejido lastimero. Ese sonido es como una elegía familiar que me resulta extrañamente reconfortante.

Ahora que he matado a Valon Laska y te he contado el peor de mis secretos, quiero deshacerme de la falsa identidad que adopté para entrar en tu vida. Lily Rebecca Yates puede descansar por fin en el fondo del Atlántico. Sabes que no soy Lily, aquella mujer perfecta que se mostraba siempre amable y desinteresada, que no ocultaba secretos inconfesables.

Pero me quieres de todos modos.

Aun así, las demás personas que forman parte de nuestra vida creen que estás casado con Lily. Y no deben saber nunca que Lily era una mentira.

Así que... supongo que en el fondo no estoy tan sola: la mujer a la que le he robado la vida y el marido me acecha, persigue a su doble cada minuto de cada hora de cada día.

2

LILY

1 DE MAYO DE 1999

La mayoría de las personas están convencidas de que serían capaces de reconocer a la Muerte, la omnipresente Parca encapuchada y armada con una guadaña. Pero ella nunca ocultó así sus encantos: su mortaja era una cascada de pelo brillante y negro como la obsidiana, exhibía su cuerpo para arrastrar a sus víctimas a la tentación, y su sonrisa rojo sangre era su guadaña. Lo sé porque era mi madre.

Me preparé para su llegada cuidando meticulosamente mi aspecto, tal como ella me había inculcado. Me apliqué delineador en las pestañas superiores con un movimiento de muñeca rápido y ensayado, que alargaba el rabillo en forma de ojo de gato. Era el mismo movimiento que había hecho ese mismo día antes de ir al instituto, pero después me había lavado la cara y había vuelto a empezar. Mi maquillaje —o armadura, como lo llamaba mi madre— tenía que ser fresco y perfecto.

Cuando estuve lista, concentré la atención en el piso. Me apresuré a subir las guillotinas de las ventanas, porque a ella le gustaba el aire fresco. Yo, en cambio, prefería mantener las ventanas cerradas cuando estaba sola, pues me sentía más segura sin el ruido frenético del tráfico de Brooklyn. Con las guillotinas bajadas, los sonidos de la ciudad se convertían en un murmullo sordo, como el fluir de la sangre en torno a ese remanso que es el útero. Mi madre y yo ya no vivíamos juntas, pero ella me protegía y me mantenía, y mi pequeño estudio me parecía el lugar más seguro del mundo. La recordaba a menudo en aquel espacio y el recuerdo resultaba tan vívido que era como si siempre estuviera conmigo.

En el tocadiscos que había junto al televisor, los Creedence Clearwater Revival cantaban algo sobre mirar por la puerta de atrás. A mi madre le gustaba la música de otra época; la actual le parecía bastante pobre. A excepción de Prince, de quien decía que era un músico con un talento asombroso, no le impresionaban los artistas contemporáneos. Sobre la mesa de centro, cubierta por un chal, había encendido una vela que desprendía una agradable esencia de vainilla y cerezos en flor. A mi madre le gustaba que los espacios olieran bien y, sobre todo, que las fragancias fueran femeninas. El almizcle y el sándalo le parecían demasiado masculinos.

Odiaba a los hombres. Yo no sabía por qué; nunca se lo preguntaba, porque el tiempo que pasábamos juntas era tan escaso que no quería desaprovecharlo

con conversaciones desagradables, pero me hubiera gustado saberlo. Sobre todo porque los hombres la amaban y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por ella. Ir a la bancarrota, destruir sus familias, arruinar su vida... Eran intrínsecamente débiles, me decía a menudo. Solo servían para adular e inseminar.

Y, aun así, siempre había algún hombre en su vida, aunque no le duraran mucho. Cada vez que la veía estaba con un hombre distinto: Derek, Reynaldo, Pierre, Jeremy, Tomas, Han y otros muchos nombres que he olvidado. No prestaba atención a lo que decía de ellos cuando hablaba, pues me parecía mucho más interesante fijarme en el entusiasmo —o la falta de él— que mostraba al describirlos.

Terminé de maquillarme y me observé con una mirada crítica. ¿Tenía el pelo completamente liso, sin una sola onda o bucle? ¿El pintalabios estaba bien delineado, había conseguido un «efecto difuminado» y no una capa gruesa?

«Eres muy guapa —me había dicho mi profesora de Ciencias en segundo—. A ti no te hace falta maquillarte.»

Se lo comenté a mi madre cuando me preguntó qué tal iban las clases, y la sonrisa se le tensó en las comisuras de los labios.

«Creo que tendré que hablar con la señora Bustamante», dijo.

Supe con exactitud qué día había tenido lugar la charla, aunque ninguna de las dos lo mencionara, ni antes ni después. Y lo supe porque ese día la señora

Bustamante no me invitó a quedarme con ella después de clase para trabajar un rato —cosa que yo esperaba con ilusión porque me ahorrraba una o dos horas de soledad en casa—, y porque vi miedo en sus ojos cuando me miró.

«Estás molesta —me dijo mi madre cuando me visitó la siguiente vez—. Echas de menos que tu profesora te preste atención, aunque esa atención te hubiera ablandado y te hubiera convertido en alguien más fácil de moldear a imagen y semejanza de la clase de mujer que ella cree que deberías ser. Nosotras no somos tan débiles, Araceli. Sabemos quiénes somos y nadie puede cambiarnos. Deshazte de cualquiera que lo intente.»

Era la única persona que me llamaba Araceli, el nombre que había elegido para mí. Nunca se lo reveló a nadie más y me enseñó a mí a no hacerlo. Me parecía un juego divertido. Si me gustaba un nombre, podía usarlo hasta que cambiara de colegio y entonces adoptar otro que me gustara más.

«No vivimos en cajas —me decía—. No estamos obligadas a ser lo mismo durante el resto de nuestra vida. Tú y yo somos libres. Podemos hacer lo que queramos.»

La adoraba. Nunca olvidé la suerte que tenía de ser su hija.

Al oír la llave entrar en la cerradura, me volví de golpe y la larga melena se me alborotó. Me pasé a toda prisa los dedos por los mechones despeinados, temerosa de que me descubriera algún defecto. Lo que sentía

era emoción, no nerviosismo. Mientras mis compañeras de clase luchaban contra la falta de confianza en sí mismas y los complejos físicos, yo sabía que, pese a no ser idéntica a mi madre, me parecía lo suficiente a ella para ser guapa. Ella jamás habría tenido una hija que no lo fuera.

—Hola, cariño. —Su voz era un canto de sirena.

La observé fascinada un momento. Me fijé en sus zapatos, de tacones altísimos y finas tiras en los tobillos, en el elegante vestido negro de un solo hombro que le ceñía la esbelta figura, en la reluciente melena negro azabache... Y luego devoré su rostro, tan perfecto que parecía el de un ángel. Simétrico en todos los sentidos. La piel, pálida como la porcelana fina, era el mejor lienzo posible para las cejas oscuras, los ojos verde esmeralda delineados en negro y los labios carmesí.

Eché a correr y me lancé contra ella como las olas se lanzan contra la orilla en la playa. Su risa musical me llenó los oídos cuando me abrazó, y la fragancia que desprendía, una mezcla de rosas y cítricos, me inundó los sentidos.

Los latidos de su corazón junto a mi oído eran para mí la música más ansiada. Yo había crecido desde la última vez que nos habíamos visto, así que tuve que encogerme un poco para encajar en el lugar que más me gustaba del mundo. Noté la calidez de su cuerpo cuando me abrazó con fuerza. Una parte de mí siempre ansiaba ese contacto, así que me aferré a ella para intentar llenar ese vacío.

—No ha pasado tanto tiempo —me dijo con los labios apoyados en mi pelo.

No repliqué, pero lo cierto era que habían transcurrido semanas. A medida que yo crecía, sus ausencias se hacían cada vez más largas. Cuando estaba en primaria, podían durar hasta una semana, pero al empezar el instituto a veces se ausentaba durante un mes entero. Me llamaba cada pocos días y calmaba con su voz la necesidad que yo tenía de sentirla cerca. Se aseguraba de que tuviera dinero suficiente para abastecer la despensa, y cada pocos meses íbamos de compras, siempre a tiendas *vintage*. Lo hacíamos no solo por diversión, sino también por necesidad, porque yo seguía creciendo y cada temporada tenía que renovar el vestuario.

«Es muy importante vestir atemporal, no a la moda —me advertía—. Y mejor llevar ropa de diseñador que basura de segunda mano producida de manera industrial.»

—*Comment vas-tu, chérie?* —me preguntó para ponerme a prueba. Yo estudiaba español en el instituto, era más práctico. Pero en casa estudiaba francés y también italiano, porque saber lo que la gente decía de ti era esencial, sobre todo cuando creían que no entendías nada.

—*Merveilleux, maintenant que tu es à la maison!*

La estreché con más fuerza porque era verdad: era maravilloso tenerla de nuevo en casa. Pero ella se llevó las manos a la espalda y me apartó las muñecas para soltarse.

—Déjame que te vea.

Me costó dar un paso atrás, pues siempre es difícil apartarse de lo que más deseas, pero lo conseguí y la-deé un poco la cabeza para que pudiera examinarme.

Me retiró con los dedos un mechón de pelo que me caía sobre la mejilla y luego trazó la línea de mis cejas. Me las había depilado a conciencia para que se parecieran lo máximo posible a las suyas.

—Eres perfecta —murmuró con una sonrisa rebo-sante de orgullo—. Hoy cumples dieciséis... ¿Cómo es posible que hayan pasado tan rápido los años? Cuando abandones este pequeño nido, dentro de poco, el mundo no sabrá lo que le espera.

Noté un aleteo de pánico en el vientre, como si tu-viera dentro una mariposa. Mi madre hablaba cada vez con más frecuencia de mi salida al mundo. Si eso ocurría, ¿cuándo nos veríamos?

—¿Iré contigo? —le pregunté, aunque yo sabía muy bien que eso no entraba en sus planes.

«Siempre estás conmigo —solía decir—. Te creé y te crié dentro de mí, acurrucada justo debajo de mi co-razón.»

Capté un brillo risueño en sus ojos verdes.

—Quizá cuando seas mayor. Aún eres demasiado joven para vivir en mi mundo.

Que viviéramos en mundos diferentes era como un puñal que se me clavaba en el corazón, pero entonces recordé lo afortunada que era: mis amigas tenían ma-dres normales; la mía era extraordinaria. Me encanta-ba que fuera diferente. Bailaba cuando le apetecía, de-

cía lo que le daba la gana y obligaba al mundo a adaptarse a ella. Mis compañeras montaban fiestas en casa cuando sus padres salían por la noche, pero yo quería que mi refugio siguiera siendo privado. Llevar a alguien a casa sería como compartir a mi madre, y yo ya la disfrutaba muy poco.

—Había pensado en hacer un salteado —dije emocionada—. O puedo preparar una ensalada de fresas y pollo. Si gastamos las fresas en la ensalada, podemos comer tarta de melocotón de postre.

—Por supuesto que no. No vas a cocinar el día de tu cumpleaños. Vamos a salir.

—Oh..., pero no hace falta.

Y yo no quería salir. Prefería tenerla solo para mí las pocas horas que íbamos a pasar juntas. A lo mejor me contaba qué había hecho desde la última vez que nos habíamos visto.

—He dicho que no, Araceli.

Por la mirada que me lanzó, supe que no iba a admitir más protestas, así que empecé a dar vueltas, inquieta y nerviosa, luchando contra las emociones contenidas que se acumulaban dentro de mí.

—Cocinar para una misma es cuidarse. Cocinar para otra persona es sacrificio, y el sacrificio es una estupidez.

Expulsé el aire bruscamente, como si me desinflara. Todas mis esperanzas de sentarme en los cojines del suelo con ella y comer en la mesa de centro se esfumaron. Solíamos cenar así en los distintos pisos de Nueva York en los que habíamos vivido.

—No pongas esa cara de decepción, tesoro. —Se inclinó hacia mí y me rozó la nariz con la suya—. ¡Es tu cumpleaños! Hoy hace dieciséis años que casi me matas, y solo un puñado de personas podrían decir eso... si siguieran vivas para contarlo. Te mereces que te cuiden y que te agasajen, mi niña preciosa. Debes acostumbrarte a ser el centro de atención y saber aprovecharlo porque estás destinada a tenerlo todo. Todo.

Volvió a abrazarme y me estrechó con fuerza, aunque por poco tiempo. Tras apartarse, me apoyó una mano en la mejilla.

—Y, ahora, ve a ponerte aquel precioso vestido de Dior que encontramos.

Me apresuré a hacer lo que me decía porque no quería pasar demasiado tiempo lejos de ella. Me aterraba la idea de que la llamaran en cualquier momento y se marchara.

Cuando salí corriendo del vestidor, con los zapatos de tacón en la mano, la vi cerrando con llave el cajón de la mesita auxiliar que habíamos comprado años atrás en un mercadillo de objetos usados. No sabía lo que guardaba allí porque siempre se llevaba la llave y yo nunca curioseaba. Además, notaba sus ojos clavados en mí todo el tiempo. No sé si realmente me vigilaba, pero lo parecía, y por eso yo me comportaba como si me vigilara de verdad.

Estuvimos fuera toda la noche, dando vueltas por la ciudad. Comimos una gran cantidad de *filet mignon* en Peter Luger, y solo durante un segundo me pregunté cómo podíamos permitirnoslo. Mi madre se

echó a reír cuando soplé la vela de mi postre. «Es mucho más divertido ahora que eres mayor», afirmó. Me regaló un collar, cuyo colgante era un corazón con diamantes incrustados y un lirio esmaltado en el interior. «Tú también estás floreciendo, Araceli.»

Fuimos a bailar a un club de jazz que olía a whisky y a puros. Jugamos al billar y mi madre retó a un grupo de hombres borrachos. El sol ya asomaba tras el horizonte cuando llegamos a casa. Mi madre me mandó a dormir y me dijo que no me preocupara por el instituto, que ya llamaría ella para justificar mi ausencia.

«¡Hoy nada de rígidas normas sociales para ti!», dijo.

Era la una de la tarde cuando por fin abrí los ojos en el sofá. El aplastante peso de la soledad cayó sobre mí a medida que me despertaba. Se había ido. Lo supe antes de echar un vistazo a mi cama, en la que había dormido ella porque antes era suya. Se me escaparon unas lágrimas calientes y pesadas que no tardaron en empaparme el pelo de las sienes.

Hasta las tres de la tarde no me fijé en la llavecita de esqueleto que sobresalía de la cerradura del cajón, en la mesita auxiliar. Me quedé mirándola un buen rato antes de intentar ignorarla, pero no pude dejar de pensar en ella mientras me duchaba y preparaba la comida con la que había querido agasajar a mi madre la noche anterior. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas, sin dejar de mirar la llave. Mi madre no era una mujer que cometiera ese tipo de errores. «Nunca dejes un rastro», decía siempre.

¿Había olvidado la llave a propósito? ¿Por qué?

A las nueve ya no pude resistir más. Mientras me inclinaba lentamente hacia el cajón, casi me pareció sentir la mirada de mi madre, afilada como una daga.

—Lláname si no quieres que eche un vistazo —dije en voz alta, con la sensación de que aquello era una especie de prueba. Pero el teléfono, cuyo número cambiaba cada pocos meses, no sonó.

La llave giró con dificultad, como si a la cerradura le hiciera falta un poco de lubricante. El resto del mueble lo habíamos restaurado a fondo, con una buena limpieza y una capa de aceite para madera. Respiré hondo y abrí el cajón de un tirón.

En el interior había una vieja lata de galletas llena de alfileres de corbata, gemelos desaparejados, relojes y anillos, la mayoría de ellos demasiado grandes para nuestros dedos finos. Fruncí el ceño y rebusqué entre aquellos objetos; el tintineo del metal me recordó el repique de unas campanas discordantes. No tenía ni idea de que coleccionara esas cosas. En nuestros muchos viajes a las tiendas de segunda mano, nunca la había sorprendido mirando las vitrinas de joyas y, como siempre la estaba observando, me parecía imposible que se me hubiera pasado por alto alguna de sus aficiones.

El oro y la plata estaban fríos al principio, pero se calentaron al tocarlos. Cuando me empezaron a sudar las palmas de las manos, la condensación empañó el metal brillante. Borré el rastro de mi curiosidad con el bajo de la blusa y consideré brevemente la posibilidad de po-

nerme guantes y limpiar a fondo todas aquellas alhajas para no dejar huellas que pudieran delatarme.

Ensemble pour toujours, Pierre-Sophia.

Me quedé mirando la inscripción de aquel anillo hasta que los dedos me empezaron a temblar tanto que ya no pude seguir leyéndola. «Juntos para siempre.» Era una alianza. Y pertenecía a un hombre que se llamaba igual que uno con el que había salido mi madre. Una coincidencia. Extraña pero verosímil.

Se me formó un nudo en las entrañas que me fue apretando más y más, como una serpiente que se enrosca.

Trofeos.

Llegué a esa conclusión con demasiada rapidez, como si hubiera sacudido en una caja las piezas sueltas de un puzzle y la imagen completa se hubiera formado al instante. ¿Se me habrían aguzado los sentidos al cumplir los dieciséis?

Pero ella quería que lo supiera, ¿no? ¿Acaso no me había ido dando pistas a lo largo de los años? Yo ansiaba que mi madre me viera tal como era, aunque... ¿esperaba ella lo mismo de mí?

Noté bilis en la garganta y me la tragué, pero enseguida me subió otra oleada que a duras penas pude contener antes de llegar al lavabo. Me entraron unas violentas arcadas y un sudor helado me empapó el cuerpo. Fue interminable, como una purga profunda.

Me dejé resbalar sobre el frío mosaico del suelo y me apoyé en la pared del baño. Notaba los pensamientos revueltos y, al mismo tiempo, paralizados.

Era como si no pudiera dar sentido a lo que veía y, sin embargo, hubiera descubierto la respuesta a una antigua pregunta.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentada. Ya había oscurecido cuando volví al salón y, tras meter de nuevo los objetos en la lata, la guardé en el cajón. Lo cerré, pero dejé la llave tal y como la había encontrado. Encendí la vela de la mesa y subí las guillotinas de las ventanas para sentirme de nuevo como si mi madre estuviera en casa conmigo.

Pero me daba demasiado miedo.

Así que cerré las ventanas, apagué la vela de un soplo y me senté en la oscuridad con las rodillas pegadas al pecho.